

# Homilía del Sr. Cardenal Mario A. Poli en la Ordenación Episcopal de Mons. Alejandro Benna

23 de diciembre de 2017 Catedral de Buenos Aires

Textos: Isaías 61, 1-3a; Salmo 22; Filipenses 1, 20-25.27; San Lucas 22, 14-20.28-32.

Damos la bienvenida a esta Iglesia Catedral de la Santísima Trinidad a todos los fieles que vienen a acompañar al P. Alejandro, en especial a la comunidad de Santa Ana de Villa del Parque; a los amigos de la parroquia San Francisco de Asís de Llavallol y a las comunidades de numerosas capillas que atendió en estos últimos cuatro años. También a mis hermanos obispos, presbíteros y diáconos, y en especial, a mi hermano Joaquín que preside la Diócesis de Comodoro Rivadavia.

Queridos hermanos en Cristo Jesús:

«Hoy nuestro hermano, el Padre Alejandro, será ordenado obispo de la Iglesia católica. El origen de su vocación se encuentra en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo, quien fue enviado por el Padre para redimir y salvar a los hombres. Él, a su vez, envió a los doce Apóstoles para que fueran por el mundo, y guiados por el Espíritu Santo, anunciaran el Evangelio, reuniendo a todos los hombres en un solo rebaño, su Iglesia. Les mandó que santificaran y apacentaran a todos los que creyeran en Jesús. Y para perpetuar ese ministerio apostólico hasta el fin de los tiempos, los mismos Apóstoles, a su vez, eligieron a otros hombres a quienes comunicaron el don del Espíritu Santo por medio de la imposición de las manos» (cfr. Alocución del Ritual).

Como un regalo del Cielo, Alejandro, has sido elegido para suceder a los Apóstoles, y nos disponemos a imponerte las manos para el servicio del Evangelio en la diócesis de Comodoro Rivadavia.

Las palabras proféticas, recién proclamadas, de un mensajero que viene de parte de Dios a anunciar la liberación del pueblo de Israel cuando estaba esclavizado en tierra extranjera, iluminan el servicio para lo cual serás ordenado. Es una misión acreditada por la unción recibida del Espíritu Santo, en virtud de la cual el profeta no puede callarse, no puede evadir la moción de ese Espíritu que lo empuja a caminar y a anunciar la Buena Noticia. Este texto de Isaías explica el rito del crisma que acontecerá en instantes sobre tu persona, P. Alejandro. El aceite perfumado será derramado sobre tu humanidad, incondicional y gratuitamente: como es todo lo que recibimos de Él, te será dada una autoridad apostólica de la cual no podrás ser despojado. Por la vía de la gracia te asimilarás al Ungido del Señor, para proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios (cfr. *MV 11*). Es cierto, no hay proporción entre nuestra pobre condición pecadora y la gratuidad incondicional del Don, pero entenderás que es el modo misterioso que ha elegido Cristo para conducir a su Iglesia y, como le ocurrió al profeta, no podrás eludir, a pesar de tu pequeñez, la fuerza irresistible del Espíritu que a partir de esta mañana te envía «a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor, a consolar a todos los que están de duelo, a cambiar su ceniza por una

corona, su ropa de luto por el óleo de la alegría, y su abatimiento por un canto de alabanza» (Is 61, 1-3a).

La *Regla Pastoral* del Papa Gregorio Magno invita a los obispos a ser «puros de pensamiento, sobresalientes en el actuar, discreto por su silencio para escuchar, valiente en lo que tiene que hablar, condescendiente con los pobres, cercano por la compasión con todos, entregado a la contemplación y comprometido con la acción, compañero por su humildad de los que hacen el bien, firme por el celo de la justicia contra los vicios de los pecadores» (cfr. *Liber regula pastoralis*, II, 1). Qué bien nos hace a los obispos recordar las palabras de este Padre de la Iglesia.

Pero, también, con motivo de tu unción, se remueve el Santo Crisma que recibimos en el bautismo, en la confirmación, en la ordenación de los presbíteros y obispos presentes. En todos los testigos de este rito se agitan las aguas de la salvación que nos hicieron miembros de la Iglesia y el deseo de renovar nuestra vocación misionera y nuestro servicio incondicional para anunciar la Buena Noticia. Ya ves Alejandro: tu «sí» al Señor se ha convertido en un verdadero gesto evangelizador.

San Lucas, con el pasaje de la Última Cena y la primera Eucaristía, nos revela la hora misteriosa en la que el Señor comienza su entrega a la voluntad del Padre Dios, sacrificio que llega al extremo del amor crucificado. Desde ese momento, ante sus apóstoles, Jesús deja abierta la fuente de donde brotan todas las gracias que el pueblo cristiano recibe de su Pasión, Muerte y Resurrección. Los obispos, en cada Misa, somos testigos de que «desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia» (MV 25). Nuestra misión es que todas las personas que desean encontrarse con Él puedan abreviar en sus aguas.

Las palabras y gestos de Jesús en la institución de la eucaristía trazan una pedagogía de la entrega que debieran ser las notas dominantes de nuestro ministerio como obispos. Al partir y compartir el pan que es su cuerpo; derramar y entregar el vino que es su sangre redentora, nos dejan el modo y estilo de cómo el Buen Pastor da la vida por las ovejas. Jesús preside cada eucaristía que celebramos, no para dar, sino para darse. Es otra impronta para nuestra entrega que debe ser generosa, sin guardarnos nada para la construcción de su Reino. ¿Hay otra forma de vivir con alegría el don que recibimos?

«Ama con amor de padre y hermano a todos los que Dios te encomienda, en primer lugar, a los presbíteros y diáconos, tus colaboradores en el ministerio de Cristo; también a los pobres y a los débiles, a los que no tienen hogar y a los desamparados.

Exhorta a los fieles a que trabajen contigo en la obra apostólica y escúchalos gustosamente. Preocúpate incansablemente de aquellos que aún no pertenecen al único rebaño de Cristo, porque ellos también te han sido encomendados en el Señor.

Nunca te olvides que has sido agregado al Orden episcopal en la Iglesia Católica, reunida por el vínculo del amor, de tal modo que no dejes de tener preocupación por todas las iglesias y no olvides socorrer con generosidad a las iglesias más necesitadas de ayuda» (Alocución del Ritual). Como le gustaba decir al Papa Francisco cuando estaba con nosotros: tampoco te olvides de dónde te sacó... «Por tanto, preocúpate por todo el rebaño en el que el Espíritu Santo te pone para gobernar a la Iglesia de Dios. En el nombre del Padre, cuya imagen representas en la Iglesia. En el nombre del Hijo Jesucristo, cuyo ministerio de Maestro, Sacerdote y Pastor ejerces. Y en el nombre del Espíritu Santo, que vivifica a la Iglesia de Cristo y fortalece con su poder nuestra debilidad» (Alocución del Ritual).

Querido Alejandro, Dios te lleva lejos, a la Patagonia con caminos larguísimo; deseamos que en esas soledades sientas la protección de María Auxiliadora. Todos en esta

asamblea te deseamos que seas muy feliz y que «la gracia y la bondad de Dios te acompañen a lo largo de toda tu vida» (cfr. Salmo 22).

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli